

**L**A VIDA Y LOS DIARIOS de José Rosas Ribeyro (Lima, 1949) están marcados por el exilio y por el desarraigo de su Perú natal. Rosas Ribeyro cree, como Raúl Rivero, que la "patria es un accidente cardiovascular y un columpio". En 1977 llegó a París, procedente de México, de donde había salido, "invitado" por las autoridades mexicanas, con formas más civilizadas que las que las autoridades peruanas habían utilizado al detenerle y expulsarle de su país en 1975. En ambos casos el objetivo fue similar: impedirle realizar su trabajo de periodista, incómodo a todas luces para la jerarquía de ambos países. Aquella expulsión le partió la vida y le separó de su gente, de una hija de corta edad, Ximena, que es convocada con obsesiva preocupación, y de Marga, su pareja en aquel momento, omnipresente en esta primera parte del diario, con la que mantendrá una relación pasional.

Desde entonces vive en París y trabaja en Radio France Internationale, después de haber desempeñado trabajos de subsistencia en los años iniciales del destierro. En Francia, además de doctorarse en historia por la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales, ha podido continuar su profesión periodística y ha desarrollado su vocación literaria. José Rosas Ribeyro es autor de dos libros de poesía, de sello autobiográfico, *Curriculum mortis* (París, 1985) y *Ciudad del infierno* (Lima, 1994). En estos momentos se encuentra ultimando su primera novela, también autobiográfica, que tiene por título provisional *Memoria y olvidos*.

José Rosas Ribeyro había leído mi libro *La escritura invisible*. Testimonios sobre el diario íntimo y quería comentármelo. Se identificó como un diarista de largo recorrido. Al final, mi curiosidad pudo más que su generosidad, pues acabamos hablando de su diario. Aparte de un álbum infantil, centrado en la figura de la precoz actriz malagueña Marisol, precedente de la inolvidable Pepa Flores, Rosas Ribeyro ha llevado diario desde los postreros días del exilio mexicano hasta la fecha. Por tanto, los numerosos cuadernos que lo componen abarcan estos 27 años y dan cuenta de la aventura del exilio y de las vicisitudes personales, familiares, profesionales e íntimas. Me confió que, por aquellos días, ante el temor de perder las anotaciones diarísticas, le daba soporte informático a los cuadernos y hojas sueltas en los que había ido dejando la huella cotidiana del paso del tiempo. Me prometió que cuando acabase una parte significativa de la copia de los diarios me los enviaría. Los he leído subyugado por la aventura personal, pero también colectiva, que aquí se cuenta: sus avatares, desgracias y triunfos, su adaptación final y la conquista de una identidad nueva, es verdad que frágil e incierta.

¿Por qué y, sobre todo, para qué se lleva un diario? Sabemos que las respuestas posibles a estas preguntas son tan variadas y diferentes como diaristas hay, por lo que ni es conveniente ni acertado generalizar. A veces ni el propio diarista puede dar una respuesta satisfactoria: el gesto de la escritura cotidiana está tan interiorizado que le es imposible observarlo reflexivamente, es ya una extensión de su vida y de sí mismo. Por el conocimiento parcial que tengo, intuyo que los diarios de José Rosas Ribeyro, aparte de su valor literario y de su interés humano, han sido y posiblemente siguen siendo el salvavidas para no perecer en la travesía del exilio y el hilo de su escritura es el hilo de Ariadna que une entre sí las dos orillas de una vida partida.

La selección arranca con «Breve historia de un diarista», carta en la que el autor me cuenta la «biografía» de su diario. Aunque en esta ocasión sólo podrán leer algunos fragmentos, les invito a recorrer conmigo el laberinto vital de Rosas Ribeyro. No saldrán defraudados.

Manuel Alberca

## José Rosas Ribeyro

# Cuadernos de la pasión



**D**OS DESCUBRIMIENTOS tempranos, en la infancia, han influido de seguro en mi interés por la escritura diarística. Se trata, por un lado, de la lectura del *Diario de Ana Frank*, un libro que cuando lo leí, a los...¿trece? años, me emocionó hasta arrancarme lágrimas y me enseñó que la vida de una persona cualquiera, cuando se la presenta con sensibilidad y en una combinación alquímica de aspectos exteriores e interiores, puede ser para quien la lee no sólo interesante sino, más aún, apasionante. Sin embargo, todavía más importante que éste fue para mí el descubrimiento del diario de mi abuelo Belisario. Era un cuaderno muy pesado, con formato de libro, con tapas duras de un color marrón que se acercaba al morado, con hojas interiores gruesas y con rayas muy suaves que facilitaban la escritura. Mi abuelo vivió la parte final de su existencia en Liverpool, Gran Bretaña, donde ocupaba el puesto de cónsul de Perú. Supongo que pasó allí unos diez años y murió muy joven, a los cuarenta y tantos años. Mi padre nació en Liverpool, de madre inglesa. Mi abuela se llamaba Bárbara. Digo esto para situar un poco el

contexto del diario de mi abuelo, un objeto que desde niño me fascinó. En este cuaderno había algunas anotaciones en español pero, por lo general, el diario estaba redactado en inglés. Mi abuelo utilizaba su cuaderno para luchar contra el alcoholismo, su cuaderno era depositario de un combate perdido de antemano. Parece ser que Bárbara no quería que su hijo (mi padre niño) viera a su padre (mi abuelo Belisario) en estado de ebriedad, y en el diario encontramos imágenes terribles de un padre que trataba de ver a su hijo desde lejos, sin que este le viera a él. Ya lo dije: este diario me fascinó y aún ahora, pese a que se perdió y desapareció de mi vista para siempre, me sigue fascinando. Podría decir incluso que ha sido para mí un ejemplo de cómo abordar la escritura, un paradigma.

\* \* \*

### Los días ordinarios 1 (1977-1983)

Noviembre 1977 (s. f.)

HE TERMINADO de realizar mis tareas cotidianas... lavar los trastos del desayuno y la ropa pequeña. Mis manos están heladas, los dedos entumecidos no los siento sobre las teclas. El árabe que vive al lado izquierdo de mi cuarto acaba de dar señales de vida. Como siempre, ha aparecido con el rostro hostil y amargo —lo sé aunque no lo he visto—, arrastrando los pies, se ha dirigido hacia el WC y se ha sentado durante un minuto y medio, sin preocuparse mucho por la suciedad y el mal olor. Su aparición cada mañana, a eso de las once u once y media, deja un rastro de humor cargado, un olor a sudor incubado tras semanas de trabajo físico. En menos de diez minutos estará listo para salir y bajará las escaleras con rumbo a la calle. Allí desaparecerá de mi oído. He notado que, cuando sale, va bien vestido. No elegante, pero siempre con la ropa bien planchada, nueva y, aparentemente, limpia. Lleva un sobretodo salido de un *thriller* americano o una chamarra de cuero recién comprada. Nunca se le verá mal afeitado, como nunca se le verá tampoco sonreír o pronunciar algo que vaya más allá del gruñido con el que responde a mi *bonjour* o a mi *bonsoir*. Ahora, en este instante en que dejo de golpear sobre las teclas de mi vieja Olympia, todo es silencio.

Oigo, de repente, el apurado trajinar de mi reloj a mis espaldas: me anuncia que faltan diez minutos para que sean las doce (en este instante el árabe acaba de arrojar el agua con que se ha lavado y rasurado). Debo emprender mi corto camino hacia el retrete con resignación y asco contenido. Iré premunido, en la mano izquierda, de VIM *citron vert* y, en la derecha, de papel higiénico color cielo. Dentro de la cabina del WC me espera lo de siempre: la suciedad de todos mis vecinos. Y yo, que todavía tengo reparos (pero ¿hasta cuándo?), limpiaré con prisa. Antes el retrete era para mí un lugar de reflexión y lectura, hoy vació rápidamente mis tripas —concentrando toda mi atención y el conjunto de mi sistema muscular en esa tarea— y paso de inmediato a la etapa de acarrear agua para la superficial, pero consoladora, limpieza corporal. Marga, dos pisos más abajo, debe de estar terminando su trabajo cotidiano. Volverá dentro de unos minutos y lo más probable es que me encuentre sentado aún en el WC. El árabe se ha vuelto absolutamente silencioso. Lo oigo, sin embargo, cuando abre su puerta e inicia el descenso. El estómago me llama... y voy hacia el infierno a paso ligero.

Noviembre 1977 (s.f.)

POR QUÉ ESTA TRISTEZA?, me pregunto. ¿Por qué estoy tan triste? Acabo de coser nueve botones en la gruesa camisa de marinero que compré de segunda mano, hace unos días, en Vincennes. Me he preparado un café aguado. Enciendo un cigarrillo y escribo estas líneas que comienzan interrogándome sobre mi estado de ánimo.

Estuve toda la tarde solo. Examiné con detenimiento las ciento sesenta y dos páginas de *Pariscope* para decidir a dónde ir, a dónde llevar mi soledad. Terminé sentado en la sala Chatelet-Victoria viendo *El Decamerón* de Pasolini, al lado de unos españoles jóvenes e izquierdistas a quienes sólo les dirigí la palabra para pedirles un cerillo. Siempre que huyo de mí voy al cine. A menudo, cuando lo permite mi economía, me escondo en una sala oscura dos o más veces en un mismo día. Aquí, ahora, me es difícil hacerlo: falta dinero.

14 de noviembre de 1977

...ayer puse en el correo una carta para Ximena y hoy, de mañana, me pongo a escribirte ésta, a ver si obtengo alguna respuesta o noticia tuya y de mi hija. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué tu silencio tan largo? El día que partía hacia Europa, obligado y/o queriendo, despaché una carta para ti y otra para la Xime en las que explicaba los motivos de este viaje y las consecuencias que de hecho tendría, pero que se hacía inevitable en mi periplo vital. Pensé recibir respuesta tuya en Georges Mandel y cada vez que Elqui o Pocho o Pita me pasan la voz de que tienen cartas para mí creo –hasta ahora equivocadamente– que por fin tengo noticias de ustedes. De aquí he vuelto a escribir dos veces y también... nada. La situación me preocupa. ¿Es que te ha pasado algo? ¿O a Ximena? La sola idea de eso me produce escalofríos, pero si hubiera algo te suplico que por favor se me comunique inmediatamente. Sé por Marina que desde septiembre no recibe tampoco noticias tuyas, a pesar de que antes parece ser que se comunicaban semanal o quincenalmente. Sé por el Carancho que te ve más o menos regularmente: le escribiré para que me dé alguna información. Mi desesperación alcanza niveles cada día más graves: no se puede vivir pensando a cada rato que la hija de uno ya no existe o que a su madre le ha pasado algo. ¿No crees? Si es que nada de eso que me golpea en la cabeza paranoica y obsesivamente es cierto, comunícamelo inmediatamente. Por favor. Otras veces, cuando mi ánimo está más tranquilo y mis nervios no están acelerados trato de ver en tu silencio algo menos trágico. Esos son los días –como hoy– en que pienso que tu silencio tiene más bien que ver con algún tipo de rencor para conmigo o con alguna crisis personal tuya. Si estos fueran los motivos del asunto creo que también tienes el deber de decírmelo : si se trata de lo primero, para aclarar las cosas mediante el diálogo y la discusión francos, y si se trata de lo segundo, para tratar de ayudarte con lo único que hoy por hoy puedo darte : mis palabras sinceras y cariñosas. En nombre de la vida vivida, de la hija que tenemos y de las promesas hechas por uno y otro de ayudarnos y hablarnos como lo hicimos siempre, durante tanto tiempo, recuerda: patio de Letras, terraza de Educación, Woni, Bambú, etcétera, etcétera... En nombre de todo eso, quiero pedirte una cosa: no dejes de escribirme, no dejes de promover en mi hija el recuerdo permanente de su padre, no separe mi imagen de su vida, no colabores en que cargue sobre mí culpas que no es tan fácil atribuirme y que en última instancia...

9 de diciembre de 1977

ESTUVE ESCRIBIENDO un texto o poema o como quiera llamársele –siempre estaré peleado con los géneros que envuelven y asfixian– en el que iba dando cuenta de mi vida con un flujo que surgía como si me hubiera abierto las venas [...]. Ese poema pretendía marcar una ruptura con mi vida anterior y servir de «programa» para una nueva forma de existencia. Resumía en él mis últimas experiencias en París, mis relaciones eróticas, mi soledad meditativa en Alemania y la pasión que me mantiene vivo desde hace cinco años: Marga.

Quizá el no poder proseguir en ese proyecto me haya hecho regresar a estas confesiones autoterapéuticas. He llegado a un punto en el que el tema de mi relación pasional con Marga debía ser desarrollado de una manera también pasional en el texto. Esto lo había rumiado mucho en mi segunda estancia en Alemania. En Heidelberg lo percibí con claridad y un texto que le envié en ese momento a Marga aparece incluido en el poema. Y en Upfingen, solo entre la gente de la aldea, o solo de veras al lado de una vaca tristonca, le terminé de dar un sentido: todo lo que llevo escrito (y vivido) se sustenta, por ahora, en el amor de Marga. Y todo lo que me interesa desarrollar actualmente tiene que ver con ella: su búsqueda confusa de sí misma, el enfrentamiento constante con sus fantasmas infantiles, su extraña y contradictoria necesidad de afecto, lo que hemos podido sacar juntos de un pozo de desgracias y la variada gama de daños que nos hemos infringido mutuamente [...].

No sé si seguiré en París, si seguiré impartiendo lecciones de español ayudado por mis dosis cotidianas de Ansiopax, si lograré soportar mi situación actual, mi ceguera, o si estallaré de nuevo y ya no controlaré las consecuencias que ello acarree. Nunca he estado tan solo como ahora y nunca he sentido a Marga tan cerca y tan distante. Nunca me había sentido confrontado, al mismo tiempo, con tantas experiencias dolorosas: los dos años de ausencia de Ximena, la lejanía de mi madre, la muerte de mi padre antes de que pudiéramos –como dice Pocho– *iniciar un diálogo*. Y ahora, como para completar este cuadro de dolor, la catástrofe que se anuncia en mi relación con Marga. El

poema que estaba escribiendo no intentaba, por supuesto, explicar mi vida ni mi tiempo, ni a Marga y la unión de nuestros fantasmas. Ese poema debía construirse como un eje transformador en nuestro paso hacia una nueva etapa de la vida. Este texto, en cambio, no pretende transformar nada, sólo quiere explicar, testimoniar sobre un momento crucial de mi existencia y sobre quienes amo y me rodean. Aquí se trata de dejar una huella indeleble sobre lo que en verdad se extingue: una relación amorosa, una vida, una utopía. En la ficción del poema había un personaje que se veía desertor pero no derrotado, se veía abandonando parte de su pasado para asumir su vida de manera diferente. Ahora esa perspectiva ya no me parece posible: el personaje ha sido derrotado y va desertando de la vida en todas sus formas. La realidad se impuso sobre la ficción y la masacró. Hay, pues, urgencia. Y es esa urgencia, esa inmediatez, la que me lleva a escribir desesperadamente, contra-el-tiempo. Escribir, escribir, escribir, para dejar constancia de que llueve o nieva o hace calor, de que conversé con Marga, que Marina estuvo extrañamente de buen humor, que conseguí trabajo para salir mínimamente de la miseria.

Esta mañana, cuando empecé a escribir, creí que iba a tratar de explicar (me) quién era en definitiva Marga. Ahora pienso que no es el momento para lanzarme a tales elucubraciones. Marga sigue estando tan metida en mi vida y en lo que en ella ocurre que, para explicarla, tendría primero que entenderme yo mismo. Y eso, en el caos actual, es imposible.

10 de diciembre de 1977

**L**ÉIA UNA NOTA sobre Scott Fitzgerald publicada por Alfredo Bryce en *Marka*, cuando oí que algo se deslizaba por debajo de mi puerta: ¡una carta! Ojalá sea para mí, me digo como un perfecto egoísta, mientras me lanzo a recogerla. Y sí, es para mí. Me escribe Ximena, lo distingo desde el sobre. Mi hija me escribe y no sé si eso me produce alegría o tristeza. Me pone corazones que unen una X de su nombre a una J del mío, añade unos dibujitos más, algunas preguntas y pedidos. Me preocupa lo que escribe: *...papá, dice mi mamá que me mandes plata*

*para mí.* Esto quiere decir que su madre se queja delante de ella de que yo no contribuyo en nada para sus gastos. Y que Ximena puede estar acumulando rencor contra mí. Si Marta quisiera creerme al menos una vez: que hoy tengo en los bolsillos nueve francos y cuarenta y cinco céntimos, y aún me quedan varias semanas por delante en las que tendré que vivir sin nada.

Mi madre me envía también carta. Comenta la situación económica del Perú, me da, como siempre, algunos consejos médicos y, haciendo alusión a algo muy vago que le dije sobre mis problemas con Marga, escribe: *...me preocupa saber si has llegado a encontrar el camino que los llevará a la felicidad, últimamente traída de los pelos.* Y más adelante: *...ojalá, hijo, hayas superado esa etapa, lo cual me haría feliz, pues me alegraría saber que viven juntos en armonía y, por qué no decirlo, con amor y felicidad».* Y yo quisiera correr hacia ella y correr también hacia Ximena y decirles ¡ojalá!, ¡ojalá!, ¡ojalá!, aunque con eso no quiera decir nada.

11 de diciembre de 1977

**U**NOS SPAGUETTIS se cuecen en la cacerola —porque algo hay que comer— y yo prosigo este ejercicio maniático de escribir sin hacer literatura. Desde esta mañana me encuentro en un estado sumamente nervioso y excitado, que no puedo combatir con calmantes porque ya no me quedan. Estoy a punto de llorar y siento una profunda impotencia frente a lo que me rodea [...].

Marga... ¿Pero quién es Marga? ¿Cómo se unió a mi vida aquella chiquilla que vi por primera vez en Huancayo, muy de lejos, y que, en aquel momento, sólo motivó un comentario silencioso sobre sus bellísimos ojos? La siguiente vez que la vi fue en El Palermo, el día en que se celebraba su fiesta de promoción: cuando se sentó a la mesa en la que yo me encontraba bebiendo con otros amigos —frenéticos, como siempre— su presencia transformó por completo el ambiente de la cantina: había en ella algo mágico que trascendía a pesar de que estaba acompañada del cretino bonachón y periodista Manolo Robles. Se desprendía de ella una atormentada pureza original que contrastaba con el

bullicio del ambiente, la pestilencia de los urinarios que invadía el salón y el aserrín cargado de escupitajos y basura que cubría el suelo en el que se apoyaban nuestros pies y los suyos. En esa época José Luis Bravo era uno de mis mejores amigos. Marga era su prima, casi su hermana, pues se habían criado juntos desde pequeños en casa de la abuela. A partir de entonces, medio en broma, medio en serio, ya no cesé de decirle todo el tiempo a José Luis que me presentara a su prima. Lo hacía sin tener una verdadera convicción sobre la posibilidad de llegar a conocerla. Era algo más juguetón que otra cosa.

La siguiente vez que la vi fue uno de esos momentos en los que el azar y la necesidad se fusionan para dar lugar a lo que Breton llamaría *el hecho poético*. No es algo que pueda pasar todos los días, de allí que, cuando ocurre, acarree de por sí una dosis, aunque sea efímera, de felicidad [...]. Meses más tarde, me encontraba yo poseído por un inexplicable frenesí alcohólico: quería ver gente, escuchar música, emborracharme. Con esa intención, dirigí mis pasos hacia la plaza San Martín. Sentados sobre los poyos que bordean el monumento del Libertador se encontraban José Luis, Marga y Elena. Me acerqué a ellos lleno de emoción y conversamos una vez más sin ton ni son. Al rato, aparecieron José Cerna y Elsa Sánchez y se unieron a nosotros. Les dije que quería oír música, beber, bailar, pero que no conocía un lugar adecuado para ello. Y era verdad, ya que mi mundo no era el de las discotecas sino el de las cantinas. Dije, además, que no se preocuparan por el dinero, que yo pagaba. Elsa, concedora en la materia, propuso que fuéramos al Sunset, un *dancing* situado en San Isidro. Y allí fuimos. En un taxi.

Bailamos mucho y bebimos aún más. José Cerna y Elsa se retiraron a eso de la medianoche. Y a mí se me acabó el dinero. Propuse entonces que Marga y Elena se quedaran en la discoteca mientras José Luis y yo íbamos a mi casa a buscar lana. No recuerdo bien si yo tenía una botella de pisco o si la compramos en el camino, el hecho es que, de regreso hacia el Sunset, José Luis y yo bebíamos en el taxi, eufóricos, felices. Ya en la discoteca, seguí bailando con Marga y sentía a su lado ese júbilo medio místico, medio erótico, medio salvaje, que me

ha seguido invadiendo, en diversas ocasiones, durante estos últimos cinco años, cuando estoy con ella. ¿Cómo podría describirlo? No era sólo la excitación sexual, aunque también lo era y en grado sumo. Era mucho más: yo me sentía elevado, metido en una campana de aire purísimo, levitaba. Marga me ha transmitido siempre vibraciones, sentimientos y emociones únicos e incomparables. Hoy, años después, y en circunstancias tan diferentes, con todo lo que ha sucedido entre nosotros, esas sensaciones permanecen intactas en mí y afloran cada vez que la veo o que hablamos o que la acaricio. No voy a proseguir con la narración de los primeros encuentros. Lo que he contado es importante porque resume las tres situaciones azarosas que explican, en gran medida, la ligazón casi sanguínea —de venas a venas— que me une a Marga. Mi intención inicial había sido, sin embargo, explicarme quién era Marga. Y eso, si bien no lo he conseguido aún, algo se aclara con los hechos narrados.

Marga actuaba siempre con una despreocupación que escondía un dolor antiguo e insuperable. En la muchacha que llegaba con su plateado vestido de fiesta a El Palermo y se sentaba entre los borrachos; en la que, vestida con descuido, quería gozar tomándose unos helados después de pasar por su ex colegio y haber abandonado, días antes, Huancayo, donde trabajaba en una mutual, con su tío, y en la que, en la noche del Sunset había bebido y entrado conmigo en un juego erótico en el cual no se sentía comprometida con nada ni nadie, en esas tres Margas, diversas, espontáneas, salvajes, si se quiere, en la medida en que con toda naturalidad sobrepasaba las normas, sin darse cuenta, instintivamente, rebelde sin conciencia de su rebeldía, con una forma muy suya de asumir el mundo con urgencia, en esas tres, se escondía una Marga que traía dentro unos dolores imposibles de enfrentar, imposibles de olvidar y que, al acumularse, conformaban plenamente su mundo íntimo de rencores. Marga no explotaba con su dolor ni lo vertía hacia afuera, liberándose, sino que, guardándose, se flagelaba. Comparándome con ella, puedo decir que ambos llevábamos dentro ese dolor original, ese dolor fundacional, grabado desde la infancia. La diferencia, si hubiera sólo una, sería que en mí ese dolor se volcaba con relativa facilidad hacia el exterior, pues carecía yo de mecanismos de defensa

sólidos, y se liberaba así sin que se me formara en el espíritu ese concho espeso que es el rencor. Podría pensarse que, ante ese dolor original, y los que se habrían ido acumulando después, sólo existirían dos conductas posibles: la de asumirlos en toda su magnitud y liberarlos con la furia inmediata o con el llanto, o la de «superarlos» en la superficie, «entendiéndolos», «dejándolos de lado», «olvidándolos», pero permitiéndoles marcar el espíritu con el hierro candente del rencor. En ese tiempo, Marga vivía cargada de rencor, insisto.

Recuerdo una época en que Marga se quedaba por minutos, no sé si hasta por horas, en un estado de apariencia hipnótica. Se volvía indiferente a todo. Era esa otra de sus maneras de responder al dolor que la atenazaba. Yo, cada vez, trataba por todos mis medios de que reaccionase, estallase, con un afán que podía parecer sádico. Quería conseguir, por ejemplo, que llorase. Pero Marga no lloraba, escondida como estaba detrás de una máscara de dureza que se imponía a ella misma. También quería lograr que hablase, que fuera capaz de transmitir a otro —y allí estaba yo a su lado para oírlo— lo que por dentro la corroía. Yo asumí esa tarea empujado por el amor apabullante que me unía a ella. Mientras tanto, con una reciprocidad tácita, ella me brindaba un sostén imprescindible sin el cual no creo que me hubiera sido posible sobrevivir hasta ahora. Marga aportaba la solución práctica en un mundo que se me derrumbaba ante la dificultad más nimia, Marga introducía la respuesta vital cuando mis tendencias autodestructivas me llevaban a apegarme a la muerte. Yo le proponía el enfrentamiento concreto y descarnado con el dolor, mientras ella, superando sus propias impulsiones tanáticas con ese instinto de vida que las mujeres llevan como una marca biológica, impulsaba nuestro contacto hacia el goce de los sentidos, hacia la imaginación del juego, hacia la fusión del cuerpo con el entorno natural.

Hoy, cinco años después de lo narrado anteriormente, Marga y yo nos encontramos enfrentando una situación que replantea los papeles de cada uno, las conductas anteriores y las posibles respuestas para el futuro. Hay entre ambos una historia común y ésta ha contribuido también con su dosis de dolores nuevos. El dolor enseña, es cierto,

pero el dolor también separa, también mata, también destruye. En ese caso, si el dolor se apodera de un lugar primordial entre nosotros, entonces, no hay sino una conclusión posible: habremos fracasado.

Diciembre (s. f.)

**E**SCRIBO ESTO para que alguien lo lea? Es difícil dar una respuesta, aunque, si imagino un segundo la lectura de estos papeles —ya lo dije antes, creo— es bajo la hipotética representación de mi muerte. Fuera de ello, sólo cabría que esto lo leyera Marga. Pienso también, a veces, que estoy perdiendo el tiempo [...]. Es más importante mi vida, la vida de Marga, nuestra vida común, que toda la literatura que, aunando dolor y cinismo, pudiera salir de mí en estos tiempos de negror incomparable. ¿Hasta cuándo me reafirmaré en esta manera de pensar o cuándo me sentiré definitivamente derrotado? No tengo ni la menor idea. Empero, algo tendrá que ocurrir, pronto, muy pronto. Tengo a la vez miedo y ese deseo que, según cuenta Simone de Beauvoir, sentía ella frente a la muerte: ganas de contemplar su transcurso y su llegada. En mí, creo, terminará por ganar el miedo, si, antes, no soy capaz de reconstruir el amor.

14 de diciembre de 1977

...ya estamos casi a fin de año y no tengo noticias de ustedes. Y de Ximena sólo sé lo que me cuenta mi madre que, por supuesto, no puede ser muy completo ni detallado. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué, si tienes algún problema conmigo, no me lo planteas y conversamos aunque sea por carta? ¿Estás resentida? No me escribes y sea cual fuere la razón que te lleva a ello, siempre es absurdo e injusto. Tengo derecho a saber de mi hija: cómo le va en el colegio, qué aprende, qué problemas tiene, qué le preocupa, qué necesita, qué notas saca, cómo es su conducta, cómo se sociabiliza. Tengo derecho a saberlo pues sólo así puedo mantener una verdadera relación con ella, concreta, intensa. Y sólo tú me puedes dar esa información, sólo tú me puedes tener al tanto de su vida...

...te contaré algo de mí, así tal vez comprendas que para mí la vida no está siendo fácil. Pasé un mes en

Alemania donde trabajé con el anhelo de ganar suficiente dinero como para sobrevivir y poder enviarte algo o viajar yo a Lima para ver a Ximena o lograr que Ximena viniera aquí de visita. Eso fue una frustración: el dinero que gané no alcanzaba sino para poder vivir el mes siguiente mientras conseguía en París un trabajo para mantenerme. Todos los proyectos se fueron al agua y junto con eso, yo casi me voy a la mierda. He estado en una crisis depresiva terrible que me ha significado –¡qué fácil parece decirlo ahora!– un intento de suicidio que ahora cargaré como cicatriz en la muñeca izquierda, un ingreso a un hospital psiquiátrico donde no podían hacer nada con un tipo que no estaba loco sino triste y que por no estar loco no soportaba el hospital y su horroroso encierro y, por ello, hice una fuga del hospital con todas las complicaciones ulteriores de justificaciones y trámites burocráticos. Creí que esta vez sí era todo definitivo y que no aguantaría más. Felizmente, algunas personas, algunos amigos, me han ayudado y ahora me voy levantando de la angustia acogotadora. Por el momento mi meta es sobrevivir y no mucho más.

Mi visión de la realidad es bastante negra y el sentimiento de frustración me cerca cada vez que pienso en que Ximena se me hace más distante, que pierdo su amor, que no le puedo dar el mío, que tú y yo no rescatamos lo mejor de lo que nos unió hace ocho años y nos perdemos en el silencio y la indiferencia, que el amor como manifestación presente capaz de hacerme vivir se deteriora y se me escapa de las manos. Y me siento solo y tengo miedo y pierdo fuerzas para enfrentar a la derrota. Ahora estoy más tranquilo y menos desesperado. He conseguido un trabajo de profesor de español y dicto siete horas a la semana, los miércoles y jueves. No gano mucho, pero estoy practicando un trabajo que creí que nunca podría ejercer y que en el futuro quizás me permita mayores entradas de dinero. En estas condiciones y con los mínimos ingresos que hasta ahora tengo, me ha sido imposible no sólo enviarte plata a Ximena, sino hasta asegurarme una vida más o menos normal. Todo el mes de noviembre lo he pasado sin un céntimo y sí vivo y como es porque en París uno aprende a ingeniárselas y toma con derecho lo que los comerciantes te venden. Esta es la verdad sin una pizca de exageración y, más bien, con una mirada retrospectiva despojada de la carga de dolor y sufrimiento que estos últimos tres meses me han significado. Ojalá me creas y me entiendas, te cuento todo esto porque siempre fuiste mi amiga, siempre estuve acostumbrado –desde la universidad– a contarte todo y ejercicios entre nosotros la práctica de la sinceridad. Por eso...

28 de diciembre de 1978

**L**EGÓ XIMENA con Marta. ¡Qué angustia desde ayer por la noche, cuando me avisaron que ya estaban en Basilea? El encuentro en la *gare de l'Est* con una Ximena grandísima, lista y desenvuelta, ocurrió mejor de lo que me había supuesto. Ahora, en verdad, comienza lo difícil: el largo proceso de adaptación. Ojalá que Marta logre desenvolverse bien en París, de eso dependen muchas cosas. Ximena es una niña fantástica, parece una moneda: tiene una faceta de niña responsable y seria, y otra de niña graciosa y despreocupada.

Por otra parte, sé muy bien que esto cambiará mis planes anteriores. No importa... estoy contento. Noto que en estos tres años de ausencia recíproca, Ximena ha cambiado más que yo. Pareciera que la búsqueda de la juventud –el abandono de la infancia– fuera un proceso más rápido que el paso a la vejez. Felizmente. Como si llegando a una edad, algo dentro se resistiera a continuar. Mientras que los niños quisieran permanentemente dejar de serlo. O quizá me equivocó de cabo a rabo.

5 de marzo de 1979

**H**OY CUMPLO TREINTA años y la soledad del día me pinta de cuerpo entero. Espero el alegre sol que alumbró el jardín de Luxemburgo. Leo *Bajo el volcán* y experimento la extraña sensación de que ya pasé por allí. Que ya estoy de vuelta. Pero, al mismo tiempo, sospecho que allí tendré que volver si quiero expresarme al cien por ciento. En otras palabras: mi creatividad es mi crisis y la transformación personal para no enmudecerme no deberá dejar de ser una utopía, la Utopía. Sólo existo en la medida de mi miseria, como el Cónsul, de mi debilidad, como Geoffrey, de mis flaquezas, como *mister* Firmin. Siento que entre yo y el mundo hay un espejo. Un espejo quebrado a balazos en momentos de desesperación, pero que, pese a todo, se mantiene indestructible. Si creyera en algo..., un dios..., un partido..., cualquier cosa..., podría orar en un lugar indicado, en los meaderos donde los hombres se buscan y encuentran para manosearse el falo o en los cagaderos más pestilenciales. De repente, siento la imperiosa necesidad de una chupada, una chupada

profunda, en la que los cojones prácticamente entren también en la boca chupadora. Yo, de pie, la mujer, de rodillas. Sin importarme para nada lo machista del fantasma. Una chupada con el mínimo contacto, nada de piel, sólo el pene en la boca chupadora y basta. Al eyacular, me expresaría como con una ametralladora. Y después, vendría ese dolorcito en los testículos hasta perder la rigidez. Tengo treinta años, todo se va acabando, aún no he aprendido a vivir y ya hay que iniciar el aprendizaje de la muerte. ¡Pinche güey! ¿no te das cuenta de que vas a sufrir mucho si no aprendes?

Hay que aprender por lo menos a cruzar. A atravesar los días y el sufrimiento con el menor dolor posible. Reducir al máximo la cuota de dolor que le debemos a la vida —para sobrevivir—, o llevarla a su máxima expresión para estallar en el suicidio. Largo aprendizaje. Duras leyes. A veces, nada más que el vacío.

5 de julio de 1979

CUANDO COMENCÉ este diario también me equivoqué. Voy de error en error, sin aprender. Me puse a hablar del pasado y no era eso lo que había que hacer. El diario debe ser mi presente perpetuo. Debe serlo [...]. El encierro es algo demasiado doloroso y la soledad me jode en estos tiempos. La escritura es un ejercicio solitario, un vicio solitario. Hace años que me debato en esta contradicción. Ya tengo treinta años y sigo evitando el enfrentamiento. ¿Hasta cuándo? A veces pienso que sólo lograré escribir de veras cuando esté encerrado en una cárcel o en un hospital psiquiátrico.

Alguien me habló hoy de mi ostracismo (¿eso viene de ostra, no?) y sí, sí, de eso se trata. Estaba muy sociable y hasta encantador. Después encontré a R. y ya no pude seguir siendo el mismo. Estuve después con José Carlos, la gente, ese mundillo, y volví al lugar de costumbre. A mi *coquille*. Me siento delante del Danton, en verdad estoy buscando a alguien, no importa a quien, y sigo las huellas de los solitarios.

El negrito *clochard* marxista me interrumpe con unas frases interrogativas que comienzan con

los ojos y terminan con palabras: *Tu composes? une chanson? C'est bien!* Y me jodo.

17 de septiembre de 1979

AHORA VIVO SOLO. Marga se marchó. Una vez más me abandonó. Viajamos juntos como locos, atravesamos media Francia hasta llegar a Bolonia y Florencia. Nos hemos muerto de hambre, adelgazado. Mi angustia secreta era perderla y el mes y medio de vagabundeo era la postergación diaria de la guillotina. Y los días al sol, en la playa, sudando y gozando de la piel, por la piel, era el olvido a través de la sensualidad. Ahora todo está hecho. Yo estoy aquí y ella no está conmigo. Hay canciones que ya no soporto y a veces la tristeza me invade como un ataque de mal tiempo. (Una canción que no soporto : *Feuilles mortes*. Otra: *Ne me quitte pas*). Sé que no moriré de amor, que no me suicidaré por ella (ya no) y que más o menos terminaré por hacer una vida normal (¿qué vida normal tengo?). Pero todo viene ahora bañado en un clima diferente. Como sé que en el fondo perdura el dolor, trato de no llegar a ese fondo. Me defiendo y vivo dentro de una campana protectora de cristal. Todo lo veo pero nada me toca (o, en todo caso, intento que nada me toque). Planteo la distancia como base de toda relación y mi serenidad no es otra cosa que el aprendizaje cotidiano de la indiferencia. ¿Lo será siempre? ¿Hasta cuándo? No sé.

La pasión es cosa terminada, la pasión es cosa recordada. Ahora mi vida es justamente la no-pasión o la pasión sublimada: una utopía chiquitica, un rincón donde se velan los santos familiares. Entre el que soy ahora y el que era hace un año o dos ¡qué diferencia! El de ayer luchaba a como diera lugar, el de ahora contempla y calla, guarda y sobrevive... El programa no es muy ambicioso... ¿Hasta cuándo?

30 de septiembre de 1979

CHAC... SUENA LA PUERTA. Y se fue. Llegó hace unas cuarenta y ocho horas y no hemos logrado traspasar el muro que separa ahora su idioma del mío. La veo a veces aunque no la busco. Trato de no necesitarla, de vivir mi tristeza, indife-

rente, sin recurrir a ella. Trato de acostumbrarme a un ser nuevo para mí: yo mismo, pero sin pasión, o, mejor dicho, tratando de eliminar mi pasión como si fuera un tumor canceroso. ¿Por qué hago eso? Para sobrevivir, pero ella no lo entiende. No entiende nada de mí y menos aún de mi dolor. Su discurso viene cargado de un orgullo insoportable a mis oídos y de grandes principios en los que ella misma no cree, porque llora y no es feliz.

Todo parece transcurrir para ella como si nada pasara, cree posible llegar y encontrarme pleno de felicidad, dispuesto a vivir con ella una aventura banal que ya no es siquiera una aventura. ¿Qué carajos quiere? ¿Vivir el amor... o apañar su miedo? Ahora escribo, escribo y trato de entender. Pero no entiendo nada porque ella no me deja nada que entender. El amor es para mí algo vivo, algo que atraviesa los pinches principios y te pone desnudo frente a los ojos de otro. Y es triste cuando la situación es triste, y eso ocurre ahora, por lo menos para mí. Ella cree que todo va bien..., no, tampoco lo cree, por eso es que vuelve, por eso da vueltas, vacila, titubea. Pero quiere vivir la nueva situación como si nada estuviera pasando. Porque para mí sí que está pasando algo y muy grave: se está desmoronando, como corroída por la lepra, la vida que con tantas dificultades, penas y alegrías construimos en estos últimos siete años. Yo ahora tengo treinta, no es lo mismo que antes. Mi vida ya está echada y lo que me queda por jugar está más o menos marcado.

No hay desesperación en mí. Hay lejanía. No quiero aferrarme a ninguna de sus apariciones porque sé que mañana todo será diferente y que, cuando la necesite, no podré contar con ella o simplemente tendrá en la lengua su habitual ametralladora para acribillarme de reproches. Yo no le reprocho nada o, en todo caso, ya no lo hago. Resisto, nada más. Rehacer el amor es difícil cuando, como dice el bolero, hay *poquita fe* y, más aún, cuando alrededor todo es oscuro. Ella experimenta, yo no experimento nada. Ella quiere —dice— su soledad, yo trato de soportar la mía. Hay, pues, un abismo en el que caigo sin que nada pueda detenerme. Ella no cae. Ella impone condiciones, las suyas. Yo acepto o me aparto. O acepto y me aparto. En eso estoy. En el juego contradictorio, paradójico,

de no poder evitarla y en la necesidad vital (es decir, para-poder-sobrevivir) de ser indiferente. Sólo el sexo me libera, sólo el sexo me devuelve la plenitud. El sexo es ahora mi única posibilidad de comunicación con el exterior, mi única forma de reencontrar la vida. Y el sexo, *chez moi*, es ella. Una obsesión, un harakiri, un castillo de fuegos artificiales.

9 de abril de 1980

**P**OR FIN DE VUELTA! Respiro hoy en tranquilidad, solo. Alcanzo en mi minúscula habitación un reposo que no pude encontrar allá. El Perú: una nave de locos a la deriva. Todos contra todos en un ring inmundo. Y en él no tuve lugar, yo estaba siempre ausente en medio de la invasión. Además, el país está cerrado, cercado por altísimas y peligrosas alambradas de púas. Con el que viene de fuera —como yo, en este caso— se establece una relación de carácter sadomasoquista. Le reprochan a uno la ausencia, el no compartir la misma miseria (nunca se les ocurrió pensar que aparte de las suyas hay también otras miserias, pero qué importa), el no repetir el mismo juego, la misma historia, todo ya viejísimo y gastado. No obstante, la gente se mostraba también abierta y me trataba como si trajera una luz muy especial, un mensaje valioso o una verdad irrefutable. ¿Qué pasa entonces cuando lo que uno lleva no es sino una iluminación interior, difícilmente comunicable? Pues que, en medio de la multitud convulsionada por lo político y afectada dolorosamente en lo económico, uno es una especie rara de marciano, un ser extraño e incomprensible.

Fui al Perú con la idea de quedarme quince días, lo cual no es mucho, por cierto, y transcurridos los dos primeros ya quería regresarme. Me di cuenta de que al Perú me unen sobre todo las comidas. Aunque, en el aspecto culinario, Lima apesta a aceite malo, recalentado una y mil veces, y ese olor nauseabundo no lo soporto. A mi madre la encontré muy extraña, igual a mi hermana. Pareciera que yo pronunciase las mismas palabras que ellas suelen utilizar pero que el significado de éstas han cambiado y, entonces, ya no nos entendemos. La pobreza lo ha invadido todo, incluso los espíritus. Lo que brillaba ya no brilla más, la pintura de las paredes ha ido desapareciendo y los muros

aparecen desnudos, cuarteados, al borde del derrumbe. La ciudad parece haberse detenido en un momento lejano del pasado, después de una brutal invasión. Todo se mueve de manera profundamente contradictoria, todo y a toda hora, lo cual, además de paradójico —frente al aspecto inmóvil y paseísta del paisaje urbano— quizás sea positivo, pero... el movimiento constante... que no deja lugar a la meditación... ¿a dónde lleva si no al descalabro?

15 de abril de 1980

**P**ARÍS ES MI CIUDAD porque es la fuente profunda de mi marginalidad. Es mi terreno de nadie, donde paseo, vivo, muero de a pocos, me niego y construyo. El destierro de a de veras frente a mi viejo destierro al interior de mi «propio» país. París es también mi incertidumbre, mi lucha por la vida, mi aventura banal pero no por ello menos importante para mí. Es mi apertura hacia el mundo apoyándome en la nada. Una de mis locuras más flagrantes y de mis soledades más solas. Es un texto que yo mismo escribo, una fábula que me cuento cada día, un safari en el que no hay presa.

30 de septiembre de 1980

**M**I RELACIÓN con Connie me lleva a una interpretación luminosa: vivo mi vertiente homosexual con mujeres porque rechazo la carga de violencia que suele tener cuando se da entre hombres. Lo heterosexual y lo homosexual más que un asunto de sexos —quién coge con quién y por qué vía— es un estado de espíritu, una posición. Mi sexualidad con Connie se manifiesta a través de caricias interminables y la rara sensación de ser yo una lesbiana fornicando con otra y todas las otras variantes posibles. Hay penetración pero no es ésta el objetivo del acto, es su consumación, su término. Vivir libremente su sexualidad es no desempeñar un rol impuesto socialmente, olvidarse de los ojos que te miran y piden de ti comportamientos que a menudo no necesitas ni quieres tener. Eso vivo con Connie. Cuando la conocí me dijo que era lesbiana y la

primera vez que hicimos el amor me sentí como una mujer violada. Ahora nos intercambiamos los sexos, nos fornicamos mutuamente, yo no soy el hombre en la relación ni ella la mujer. Somos todo, ambos.

2 de abril de 1981

**G**UERRA DE GUERRILLAS... Creí que había abandonado aquello para siempre. Sí, lo abandoné como acción política. Pero ahora, en 1981 en París, me convierto en un guerrillero de la vida cotidiana. Tengo miedo y hasta tiemblo y me exalto. Pero más allá del miedo está mi dignidad y mis deseos de sobrevivir —sobrevivir, sí, pero dignamente.

19 de diciembre de 1982

**Q**UÉ PROFUNDA SOLEDAD! Y todavía me falta enfrentar todas las fiestas de fin de año. Camino sobre el filo de una navaja: el más ligero paso en falso me llevaría hacia el agujero negro de la depresión. No he querido pedir socorro ni correr detrás de alguien para llenar el vacío. Trato de respirar profundamente, acompasadamente, de fijarme pequeñísimas metas que cumplir: tomar un baño, lavarme el cabello y secarlo, salir, ir a comer, etcétera. Lo que más me duele es la conversación con Marga: me llama, le propongo ir a verla y no puede, está ocupada, ya no hay lugar para mí. El final del final, el punto que veías llegar pero que no querías aceptar. (Escribo en el metro y qué esfuerzos que hago para no llorar). Son las cuatro y quince de la tarde de un día domingo. Me falta aún soportar una gran parte del día. Que soportar... o sea, que vivir.

¿24? de junio de 1983

**D**ÓNDE COMIENZA la tristeza? Si es que vaga en el espacio ¿por qué me escoge para abrigarse? Y de la ternura ¿qué hago? Y la palabra ¿cómo la callo? ¿Cómo accedo a lo que amo? ¿Y dónde me refugio? Y los ojos... Cómo, cuándo, dónde y para qué.